

En la santería y la mayoría de estas religiones primitivas, las plantas tienen un papel de primer orden. Todos los llamados «trabajos» y conjuros, curas de males, etcétera, se realizan teniendo como punto de partida el conocimiento de la vegetación. Uno de los árboles más reverenciados, decíamos, entre africanos y cubanos es la ceiba que también está envuelta en la mítica de la santería. La ceiba es el bastón de Olofi. Para muchos seguidores de estos cultos de origen africano, la ceiba tiene su propio orishá, Iroko, que habita junto con su mujer y una hermana en la propia planta.

A Iroko se le sacrifican toretes vírgenes. Se les pasea alrededor del tronco del árbol con velas encendidas mientras realizan los sacrificios de gallos, gallinas y patos blancos. Todos los meses se le ofrendan pollos blancos, pues en él se reverencian a todos los orishás.

También se baila una danza en su nombre con un bastón revestido de collares y una escoba adornada de cuentas rojas y blancas. Cuando los creyentes no conciben hijos le hacen rogativas a Iroko. Si se los concede hay que llevarle un cordero en pago, porque castiga violentamente al que se le olvida agradecer un favor.

Las raíces de la ceiba son objeto de ofrendas y promesas, pues según la creencia sincrética de las Antillas, en este árbol es donde ha de prometerse a la Virgen del Carmen, a Santa Teresa, y a Jesús Nazareno, vestir sus hábitos durante un tiempo determinado o la vida entera.

La ceiba es también el árbol de la Virgen María. Cuentan que, fugitiva la Virgen, con el niño Jesús en brazos, se escondió en el hueco de una ceiba, que se «abrió» para albergarla mientras el tronco se cubría de espinas. De esa forma, según la creencia, la Virgen bendijo al árbol.

Otro árbol mágico es la palma real, símbolo de los campos de Cuba. Desde el punto de vista mitológico en ella se refugia Changó, el dios rojo que todo lo puede. En lo alto de la palma real, en el mismo cielo, por lo alta que es la planta, el *orishá* lanza sus flechas de fuego a la tierra. La asociación con el santo se debe a la relación con el rayo que fulmina cada año un buen número de estos árboles.

El fruto de la palma, es el palmiche que tiene forma de granos redondos. Antaño, en el campo, cuando un consultante pobre, no podía pagar al *babalawo* o brujo sus trabajos, el dinero era sustituido por el palmiche. Es, además, uno de los mejores alimentos para los cerdos.

También, los granos son utilizados para hacer el bien y el mal. Por ejemplo para obligar a una familia a que abandone su casa se quema el palmiche y las cenizas «trabajadas» se meten dentro de un huevo, sal y vinagre y se estrella en la puerta de esa casa a las doce de la noche un lunes o un viernes.

Por el contrario, se le adjudican muchas propiedades curativas. Uno de los tantos procedimientos que se cuentan consiste en embotellar el zumo

de la flor, y exponerlo durante cuarenta días al sol y al sereno. Se destina a los reumáticos.

Del palmiche tierno, se extrae un aceite muy estimado para el cuidado del pelo, porque alimenta y fortalece la raíz. También dicen que a las semillas a punto de secarse, ennegrecidas, se les extrae el zumo y sirve para oscurecer el cabello e impedir la salida de canas.

Cuando se va secando el fruto de la palma, las ramas se desprenden desde lo alto y son utilizadas por los hechiceros para hacer una escoba dotada de grandes virtudes. Estas escobas «trabajadas» con ajo son las que utilizaban las brujas canarias en Cuba para cabalgar por los aires.

El monte, además encierra todo lo que el negro necesita para hacer sus «trabajos», para reverenciar a sus santos y conservar su salud. Por el respeto que profesa a las fuerzas de la naturaleza que éste guarda le pide permiso en el momento de arrancar una rama, un madero o determinada piedra.

Cada vez que el bosque consiente en prestarle sus servicios, el santero le paga religiosamente con aguardiente, dinero o tabaco y en otras ocasiones, con la sangre de un pollo o una gallina, porque dentro del monte cada árbol, yerba o flor tiene su dueño y con estos conceptos de propiedad se ajustan las relaciones entre ambos, es decir entre el santero y el bosque.

Plantas y árboles juegan un papel de primer orden en la religión afro-cubana. Igualmente, como remedo de los cultos animistas, las plantas están dotadas de alma e inteligencia. Es decir, los árboles pueden ser la vivienda o el «trono» de la divinidad o poseer las virtudes que ésta le confiere, porque representan su poder.

Es muy peligroso vivir sin un resguardo

Un personaje importante en Hispanoamérica es la magia, presente en cada encrucijada de la vida de sus pobladores. En el Caribe la yuxtaposición de fórmulas y mitos es producto de la presencia de dos magias: la europea y la africana.

La magia es una de las fuerzas en las que se asienta el culto de la *sante-ría*. Es la fuente de obtención de dominio sobre las fuerzas ocultas y para la adivinación. Y esta fuerza se la dan las plantas, lo mismo para hacer mal, «trabajos o *ebbó*», que para defenderse de los hechizos de los demás, la búsqueda del «antídoto». También con las plantas se adivinan las enfermedades y se les pone remedio o se rompe el «maleficio» que produce el malestar. Sirven no sólo para curar sino también para librar de una mala sombra o influencia maléfica.

Para saber todo esto, la yerba adecuada, el mejor remedio, se consulta a los *babalawos*. El destino está en juego. Los creyentes de la santería están convencidos de que vivimos rodeados de espíritus que hay que conjurar porque a su influencia se debe lo bueno o malo que acontece en sus vidas. Otro aspecto importante de la santería es su vertiente curativa. Los *babalawos* son también curanderos y magos del culto de los orishás. Son curas de cuerpos y de almas. Su ciencia es de inspiración divina, de tradiciones heredadas, y consiste en la práctica de los sacrificios, el ritual requerido y administrar remedios.

El origen del mal lo adivinan por medio de la posesión que hace el orishá del devoto que cae en trance o, interrogando a los sistemas adivinatorios del llamado *dialoggún*, a través de los caracoles o el *Tablero de Ifá*. Ante las enfermedades, los sacerdotes advierten que los orishás son quisquillosos y severos y muchos males son considerados como el resultado del mal proceder del creyente.

Las malas pasiones son sin lugar a duda otro de los objetivos de la clientela del hechicero o brujo. La protección contra el *mal de ojo*, por ejemplo, como ya hemos dicho, es muy importante. En el caso de los niños, un talismán al que se recurre para resguardarlos es una astilla de ceiba o un pequeño azabache. Las parteras de otros tiempos, sobre todo en los medios rurales, creían más firmemente en el don que poseen algunos ojos de propiciar el mal. Le suelen atribuir los defectos físicos de los bebés, en particular la bizquera.

Estas creencias sobre el *mal de ojo*, que les vienen a los cubanos por los dos componentes de su identidad, africanos y españoles, se hacen patentes en muchas frases de cortesía, que se van heredando de generación en generación. Por ejemplo: habitualmente cuando alguien pregunta por el estado de salud, el interpelado responderá un vago «regular» y nunca bien o muy bien, o el más acostumbrado «voy tirando», por temor a un *mal de ojos* disimulado.

Son fórmulas que se trasladan al lenguaje porque como dicen los viejos santeros, un *mal de ojos* puede quebrar un objeto, tumbar un coco o matar una tortuga bajo el agua. Igualmente no se debe celebrar a un recién nacido sin antes mencionar un «Dios lo guarde». Además del uso del azabache para estos menesteres, cuando una madre oye celebrar a su hijo, lo pellizcará con disimulo para que llore, porque el llanto rompe el *mal de ojo*.

Muy terrible también, incluso más que el *mal de ojo*, es el «daño» que se provoca por la malas artes del hechicero y causan graves maleficios. Si otro hechicero no descifra y ataja el mal a tiempo, la víctima puede morir. Un método bastante corriente para «sacar la brujería» consiste en traspasar el mal a un muñeco al que se da el nombre del enfermo, y se

entierra para hacer creer a la deidad, que provoca el maleficio, que es el cadáver del enfermo. El procedimiento radica en bautizar al muñeco y ponerlo a dormir junto al enfermo en su cama. A la mañana siguiente se entierra dentro de una caja como a una persona. Se «limpia» tres veces al enfermo con un gallo que se le pasa por todo el cuerpo. Se supone que el gallo muere porque recoge la enfermedad.

Otro de los remedios milagrosos es el agua que está en contacto con las piedras y atributos de los santos. A este agua, digamos *bendita* para los creyentes de los cultos afroamericanos, se le conceden grandes propiedades curativas y aseguran que administrada juiciosamente alarga la vida. Al agua bendecida por el sacerdote católico, también le profesan gran valor y la beben al sentirse mal.

En general el agua es sinónimo de pureza, la mejor medicina de la que dispone el curandero. Es necesario aclarar, para seguir con el agua, que las enfermedades producidas por brujerías, son eliminadas por el agua del mar, porque la diosa Yemayá «vence todas las hechicerías». Por todo esto, para conservar la salud es imprescindible portarse bien con los santos y los muertos, *limpiar* la casa con baldeos, *guardar* la puerta de la casa con un buen *trabajo* y hacerse un *resguardo* o talismán.

En este mundo hecho de mezclas ancestrales, de códigos aprendidos de memoria y de leyendas recuperadas, el rito, la palabra y su influjo mágico determinan un destino, hacen una vida, tuercen un camino. Siempre quedará en el aire un viejo interrogante: los creyentes mirarán con desdén a los incrédulos, «pobres», dirán, «¿quién se atreve a transitar por esta vida sin un resguardo?». Los descreídos mirarán con desdén a esos adoradores de espíritus y quizás, se permitirán la duda. De cualquier forma, la vida les dará la razón a unos y a otros indistintamente, según sean los caminos de este mundo mágico.

Silvia Caunedo